

## ARTÍCULO DOCUMENTAL

## ► FAVALORO Y LIOTTA, PIONEROS DE LA CIRUGÍA CARDIOVASCULAR ARGENTINA

## AUTORES:

DR. ALFREDO BUZZI<sup>1</sup> / DR. FEDERICO PÉRGOLA<sup>2</sup>*Recibido:* Marzo 2009*Aceptado:* Junio 2009*Correspondencia:* fmpergola@fibertel.com.ar

Sin desmedro de un buen número de excelentes cirujanos cardiovasculares del país, desaparecidos y actuales, debemos destacar a dos figuras pioneras de la especialidad que, además de su habilidad quirúrgica, se destacaron por su creatividad. Nos referimos a René Gerónimo Favalaro, fallecido hace casi una década, y a Domingo Liotta que aún brinda su aporte a la ciencia y a la educación médica en la Argentina.

René Favalaro fue el emergente de una raza ya extinguida en la Argentina: el hijo triunfador de inmigrantes europeos. Hijo de un obrero ebanista y de una modista. Esas raíces se han perdido en nuestra población puesto que hace rato que cesó la llegada masiva de inmigrantes y es probable también que ese ímpetu, ese libido, esa lucha por ascender en la escala social que trajeron consigo, se haya agotado en el proceso generacional. Por otra parte, es cierto, el interés por el conocimiento de los jóvenes amenguó considerablemente.

René Gerónimo Favalaro nació en La Plata (Provincia de Buenos Aires), el 14 de julio de 1923.

Conocedor de las necesidades de quienes lo rodeaban, de esa alteridad cercana, tanto en su barrio conocido como “El Mondongo”, como en la localidad de Jacinto Aráuz, La Pampa; ejerció como médico rural poco tiempo después de haberse recibido y durante

doce años. El aspecto médico-social lo marcó para siempre. Contemporáneo del cambio del concepto de salud que pasó –de acuerdo con la definición de la Organización Mundial de la Salud– del bienestar psicofísico al estado de bienestar biopsicosocial; comprendió muy bien el futuro. Es que lo había comprobado en forma pragmática en la lucha diaria contra la enfermedad y la pobreza de aquellas zonas desapañadas de toda riqueza y así decía que *“el médico rural era quizá el que más sufría en el invierno porque era rara la noche en que sus servicios no se requerían”* (“Recuerdos de un médico rural”). ¿Habría ido en busca de ese entrenamiento duro para templarse en la disciplina y el trabajo? Porque era adicto a la disciplina y al trabajo; entregó más de una década de su vida a su vocación de servicio en ese medio rural donde ejerció su habilidad de cirujano general.

Intentando un juego de palabras para analizar la personalidad de Favalaro con los conceptos de los contrastes del ser de Ferrater Mora, podemos decir que, entre ser y apariencia no hubo separación, siempre fue lo que mostró ser: conjunción total entre ser y apariencia, entre su humanidad capaz de conmovirse ante el infortunio del otro; nunca tuvo la apariencia de otro ser. Ser y pensar fueron también, en este caso, isomórficos. Maduró una forma de pensar –en su ser– que llevó

<sup>1</sup> Profesor Emérito de la Universidad de Buenos Aires

<sup>2</sup> Profesor Consulto Adjunto de la Universidad de Buenos Aires

hasta sus últimas consecuencias. No lo doblegó ni la exigencia espuria de una afiliación política, ni la fortuna que le prometía dones superiores en tierras lejanas. Tampoco hubo contrastes entre el ser y el valor: concibió a éstos como una forma de conducta, como un sentimiento moral. Representante genuino del humanismo médico, no olvidaba las lecciones “del secundario” de Pedro Enríquez Ureña y Ezequiel Martínez Estrada con sus amplias visiones totalizadoras.

Vida la de Favalaro que podría jalonarse a través de décadas. A esa primera de médico rural le sucedió otra distinguida por la búsqueda del perfeccionamiento y la creación.

Médico entrenado en la asistencia con capacidad quirúrgica general desarrollada en Jacinto Aráuz y la cardiocirugía en la Cleveland Clinic de Estados Unidos. Pudo realizar los mayores emprendimientos, primero en el Sanatorio Güemes, y luego en la Fundación Favalaro, su propia creación. Allí adquirió renombre nacional, aquel que ya había consolidado en el mundo científico internacional a través de su operación pionera que realizó el 30 de noviembre de 1967: el puente aortocoronario. En un año realizó, en el país del norte, 171 de estas intervenciones documentadas posteriormente en su libro *Surgical Treatment on Coronary Arteriosclerosis* (1970).

Regresó al país en 1971 con un sueño: aportar sus conocimientos, su revolucionaria técnica quirúrgica, su infatigable dedicación al trabajo. Tenía bien presente que la medicina apoyaba su monumental inserción social en tres definidos pilares: asistencia, docencia e investigación. Le agregó una que le aportó la evolución de las comunicaciones: la comunicación mediática.

Durante toda su labor la enseñanza fue su misión fundamental que culminó con su universidad que, con limitado número de alumnos, se empeñó en conseguir una preparación eficiente y creativa.

La investigación –no podría haber sido de otra forma– fue su mayor desvelo. En su libro “De La Pampa a los Estados Unidos” relata cómo se quedaba hasta largas horas de la noche estudiando las cinecoronariografías hasta decidirse a ensayar el puente aortocoronario que lo catapultó a la fama.

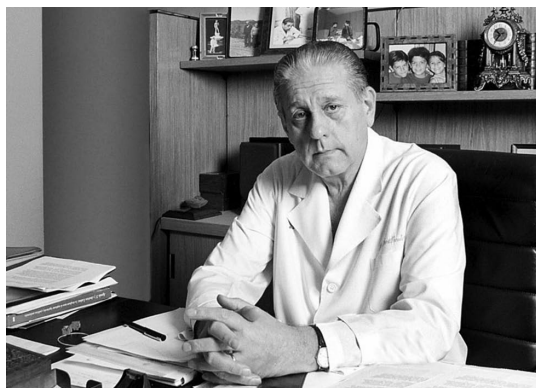
Nunca descuidó la faz mediática y, con sentido llano propio de su espíritu bonachón, trató hasta de enseñar los secretos de la alimentación adecuada para evitar los factores de riesgo coronario tan en boga en la actualidad.

Su mayor desprendimiento fue haberse apartado de sus cargos y de su bienestar en los Estados Unidos; conseguidos con grandes esfuerzos, para regresar al país; de su entrañable amor por su patria dan cuenta sus obras sobre el general José de San Martín, de quien era un apasionado admirador y a quien no observó con la lupa malintencionada de la prensa amarilla; sino que lo hizo con los valores humanos que lo acompañaron en toda su vida. Así fue que escribió: “¿Conoce Usted a San Martín?” (1987) y “La memoria de Guayaquil” (1991).

Sus trabajos estuvieron engalanados por distinciones, premios y condecoraciones.

El profesor José Alberto Mainetti, de quien fuera dilecto discípulo y que lo proyectó a los Estados Unidos, dijo en agosto de 2000 en la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires que René Favalaro era un Padre de la Patria y, efectivamente, ésto había sido para la medicina argentina, la investigación y la docencia en sus aspectos fundacionales.

Trainini, por su parte, dice: *“El Maestro había creído en la creatividad, en el trabajo y en el hombre. Aportando el esfuerzo sin rémora soñaba que la sociedad podía atesorar la justa causa de la equidad. Dedicó su existencia íntegra a esta labor. No tuvo tiempo para pensar que la sociedad –por lo menos la nuestra– se devora a los maestros. Los vuelve monumentos pero silencia sus palabras. Los*



Dr. René Gerónimo Favalaro

*homenajea sin escucharlos. Los sepulta ignorando su anecdotario. Alardea del ejemplo para ubicarlo en el pasado”.*

Favaloro falleció el 29 de julio de 2000. Las dramáticas circunstancias de su desaparición escapan a nuestro análisis que, de cualquier manera, las hubiéramos obviado tratándose de una determinación tan personal e íntima. Su excepcional figura humana y científica es merecedora del treno del pueblo entero y del recuerdo en función de sus características paradigmáticas. No obstante, para completar estas emotivas palabras, vienen a cuento las que escribiera –poco después de su deceso– en el diario La Nación el escritor Abel Posse: *“Tres situaciones emblemáticas, como hoy se dice. Tres hartazgos. Tres gigantes abatidos. Lugones, por la cultura. Favaloro, por la ciencia. Lisandro de la Torre, por el infierno de la corrupción política. En los tres casos la conmoción nacional fue mayúscula. Los liliputenses quedaron perplejos. Como anotó Sastre, las ratas se acercan al león cuando está muerto”.* Alterando el orden de la reflexión de Proust, los porqués, a veces, pueden ser un aunque.

Domingo Liotta es nuestro otro invitado de lujo en esta mesa del recuerdo y del homenaje. Hace dos décadas escribíamos: *“En 1969, Denton A. Cooley, del Instituto de Cardiología de Texas implantó por vez primera un corazón artifi-*



Dr. Domingo Liotta

*cial en un ser humano. El corazón, activado mediante aire comprimido, había sido diseñado por Domingo Liotta y Charles W Hall. Mantuvo vivo al paciente durante 64 horas, dando tiempo para que pudiera obtenerse un corazón natural para el trasplante. Desde entonces no se han efectuado más ensayos en humanos”.* En esa misma época, otro cirujano cardiovascular, Guillermo Ansaldo, escribía: *“Domingo Liotta, trabajando con Cooley en la Universidad de Baylor (Houston), había desarrollado experimentalmente un corazón artificial, que Cooley implantaría luego de urgencia a un paciente a quien le había extirpado un aneurisma ventricular y no podía salir de la bomba: el paciente vivió varios días con el corazón artificial externo, a la espera de un trasplante cardíaco orgánico, pero no pudo conseguirse un donante adecuado a tiempo. De regreso a la Argentina, Liotta se hizo cargo de la jefatura del servicio de cirugía cardiovascular del Hospital Italiano de Buenos Aires”.* El implante referido tuvo lugar el 4 de abril de 1969.

Los veinte años transcurridos y el perfeccionamiento del método han permitido una espera de mayor calidad de vida y tan prolongada que otorga tiempo para lograr un donante compatible.

El llamado “corazón artificial de Liotta-Cooley” fue reconocido como Tesoro de la Historia Americana por el Instituto Smithsonian de Washington.

Llueven las distinciones porque el logro no había sido menor y es así que, recibe, entre otras, el Premio Anual de la Southwestern Surgery Society (1964), Profesor de Cirugía de la Baylor University (1964), Profesor Honoris Causa de la Universidad Católica de Córdoba (1966), el Premio Águila de Oro de Estados Unidos junto con otros destacados profesionales (1968), el Premio al Mérito de la American Medical Association junto con Cooley (1969), el Premio del Instituto Español de Cultura junto con el brasileño Jesús Zerbini (1970), la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio de España (1970), el Premio Especial del Estado Nacional de la República Popular China (1973), la condecoración italiana del Grande Cavaliere d’Onore (1974).

Domingo Liotta nació en Diamante (Entre Ríos), el 24 de noviembre de 1924. Cursó sus estudios secundarios en el Colegio de Concepción del Uruguay y, en 1943, se trasladó a la ciudad de Córdoba para ingresar en su Fa-

cultad de Medicina. Se graduó en 1949 y sus primeros pasos quirúrgicos –cirugía general– los dio en el Hospital Provincial Nuestra Señora del Valle.

En 1953 presentó su tesis de doctorado –apadrinada por un grande de la cirugía de las vías biliares, el Dr. Pablo I. Mirizzi–, que tituló “Anatomía clínica del conducto biliar”, logrando la calificación *Suma Qum Laude*. En esa época, siempre con dedicación gastroenterológica obtiene el Premio Accedit de la Asociación Argentina de Cirugía con su trabajo “Duodenografía hipotónica”. Varios otros premios lo distinguen en la ciencia médica mundial: el de Radiología Schleussner, de Frankfurt (Alemania) (1955); el Quirúrgico de la Revista Brasileña de Gastroenterología (1956) y el de la Sociedad de Cirugía de Córdoba (1960).

Entre 1956 y 1959 trabajó como médico residente de cirugía general en la Universidad de Lyon (Francia), mientras rotaba por el servicio de cirugía cardíaca del profesor Pierre Marion. ¿Se habrá encendido en ese lugar su afición por la cirugía cardiovascular?.

Al regresar al país se lo designa profesor de Anatomía de la Facultad de Medicina de Córdoba. En 1961, concurre al Departamento de Órganos Artificiales de la Cleveland Clinic que se hallaba bajo la dirección de Pillen J. Wolf y allí sienta su pasión por la cirugía del corazón.

Su capacidad de trabajo, su creatividad y sus lauros académicos hacen que, entre 1973 y 1974, designado por el General Perón, ocupe la titularidad del Ministerio de Salud Pública de la Nación. Entre 1994 y 1996 fue secretario de Ciencia y Tecnología, mientras que también se desempeñó como presidente del Conicet.

En la actualidad se desempeña como decano de la Facultad de Medicina de Morón (Provincia de Buenos Aires).

Este escueto esbozo –con toda seguridad omitiendo muchos otros oropeles de ambos investigadores– tiene el único objeto de mantener viva la llama del recuerdo y la gratitud a quienes abandonaron lugares de excelencia, “vidriera” más luminosas para su labor, para regresar a nuestro, el suyo, su país. Un país que pese a sus vicisitudes y permanentes problemas de identidad, mantiene encendida, reiteramos, la llama (no es una yesca ni

un rescoldo) de la ciencia y del conocimiento. ¿Cómo?, Con estudiosos desinteresados y eficientes como lo fue Favaloro y como es Liotta.

Mucho es lo que se ha escrito sobre ambas personalidades pero no podemos ni debemos dejar de hacerlo con frecuencia, casi a diario, para que sirvan de paradigma para las generaciones venideras que, a veces, suponen que el conocimiento, la disciplina y el trabajo no sirven.

## BIBLIOGRAFÍA

1. Trainini J.; “La inmolación del Maestro Favaloro”, Revista Argentina de Cardiología, 68 (Nº 4): 615, julio/agosto 2000.
2. “Comoción por la muerte de Favaloro”, La Nación, Buenos Aires, 30 de julio de 2000.
3. “Sorpresa y dolor por la muerte de Favaloro”, Clarín, Buenos Aires, 30 de julio de 2000.
4. “Médico de prestigio Mundial y hombre público apasionado”, *Ibídem*.
5. Pégola F.; “Una pérdida lamentable”, Revista Fundación Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, 10 (Nº 38): 6, diciembre de 2000.
6. Pégola F. y Okner O. H.; “Historia de la cardiología”, Buenos Aires, Edimed, 1987.
7. Hurtado Hoyo E.; “Dr. Domingo Liotta”, Revista de la Asociación Médica Argentina, Buenos Aires, 121 (Nº 1): 3-6, 2008.